

**XI Encuentro de la Asociación Ibérica de Historia del Pensamiento Económico**  
**“Recordando a Ernest Lluch”**

Universitat de Barcelona  
2-3 diciembre 2022

**Título:**

**LAS RAÍCES DE LAS TEORÍAS PRAGMÁTICAS DEL VALOR EN EL  
PENSAMIENTO ECONÓMICO**

**Autor:**

Alfredo Macías Vázquez

Departamento de Economía y Estadística

Universidad de León (España)

E-mail: amacv@unileon.es

**Resumen:**

El siglo XX se ha caracterizado por sucesivos intentos de gestionar políticamente el valor. Se puede decir que estos intentos reiterados se han edificado sobre un canon epistemológico de raíces ricardianas y weberianas/neoclásicas. Por un lado, una concepción ontológica del valor, obviando su carácter de relación social históricamente específica. Por otro lado, los comportamientos sociales se analizan bajo una lógica autónoma, a partir del establecimiento de dicotomías entre la estructura y la agencia, el objeto y el sujeto, entre el valor y los valores, en definitiva, entre la economía y la política. Este canon ha influido notablemente en los debates académicos de las últimas décadas, a pesar de que paradójicamente representaron una reacción al mismo. Concretamente, las transformaciones experimentadas en el ámbito económico han permitido la proliferación de teorías pragmáticas del valor con un protagonismo desmedido de lo contingente, convirtiendo al capitalismo en un escenario meramente decorativo. En esta ocasión, nos vamos a concentrar en las implicaciones teóricas que se derivan de la relevancia otorgada a los aspectos estéticos e inmateriales en los procesos contemporáneos de creación de valor, particularmente en la elaboración teórica de Boltanski. Más allá de verificar el realismo de su contribución (algo bastante discutible dada su raigambre pragmatista), el objetivo sería analizar cómo se reproducen las mismas formas canónicas anteriormente mencionadas.

## Introducción

La obra de Luc Boltanski y Arnaud Esquerre, *Enriquecimiento. Una crítica de la mercancía*, representa una oportunidad para reflexionar sobre la evolución del pensamiento económico. Antes de entrar en materia, vamos a intentar identificar en qué sentidos esta obra, realmente interesante, nos permite interrogarnos sobre cuestiones relevantes, e incluso pendientes, relacionadas con la teoría del valor. Para empezar, bosquejemos el contenido de su contribución, de qué trata este polémico libro, a qué cuestiones intenta responder. Analicémoslo en primer lugar desde la perspectiva de los propios autores. *Enriquecimiento* aborda el surgimiento de un nuevo tipo de capitalismo, en el marco de las transformaciones que este sistema económico viene experimentando desde su crisis en la década de los setenta. Este nuevo tipo de capitalismo presentaría dos características singulares. En primer lugar, se encuentra delimitado geográficamente. Si bien la caída de la rentabilidad de la industria de posguerra condujo al desarrollo de un proceso de deslocalización industrial en Asia, aprovechando su fuerza laboral más barata y menos protegida, y de una economía financiera en el ámbito anglosajón, Boltanski y Esquerre sostienen que en el continente europeo (especialmente en Francia y, en menor medida, en Italia y, mucho más atrás, en España) se viene articulando un desplazamiento del capital hacia nuevas formas de valorización centradas en la explotación económica del pasado, de la tradición. Lo que, en buena medida, mucha gente intuye mediante una mera observación empírica, que Europa se ha convertido en una especie de “museo” o “parque temático” visitado por las anteriormente temidas “hordas asiáticas”, es estudiado muy sistemática por ambos autores franceses.

Boltanski y Esquerre consideran que esta nueva economía tuvo sus orígenes en Francia, entre los años setenta y ochenta del siglo pasado. Mientras Ronald Reagan y Margaret Thatcher auspiciaban el neoliberalismo y la industria financiera en el ámbito anglosajón, el primer gobierno de Mitterrand iniciará formalmente el cambio de orientación política en el ámbito galo. En este caso, su ministro de cultura, Jack Lang, será la cara visible de este cambio. La nueva política cultural francesa dejará de oponer economía y cultura, a la par que difuminará la frontera entre alta cultura y cultura de masas. A partir de esta reorientación, se desarrollará una nueva economía en torno a los siguientes ejes: la industria del lujo, la patrimonialización, la actividad cultural (desde los espectáculos en vivo hasta los museos) y el comercio del arte. En realidad, a los autores no les interesa solamente el desarrollo aislado de cada uno de estos sectores, sino los efectos multiplicadores, intensificadores, que resultan de las relaciones entre ellos. A nivel macroeconómico, los datos son incontestables. Por ejemplo, las exportaciones mundiales de bienes de consumo de gama alta se doblaron entre 2000 y 2011, correspondiendo un 75 por ciento de dichas exportaciones a Europa Occidental. Francia e Italia, que concentran la mayor parte de las ventas europeas, destacan en ropa, marroquinería y calzado. Suiza en joyería y alta relojería. En cambio, Alemania lidera la exportación de automóviles de lujo. La mayoría de estas exportaciones se dirigen a los países desarrollados, pero las destinadas a los mercados emergentes, como China o los países del Golfo Pérsico, experimentan un significativo aumento. En todos los casos, se trata de una actividad económica destinada a los sectores más ricos de la población, lo que representa una novedad respecto a la economía industrial de posguerra. A diferencia del período anterior, ahora la desigualdad dinamiza el proceso de acumulación de capital, lo que pone en entredicho los postulados básicos de la regulación keynesiana del

crecimiento económico. Por otro lado, el mundo de las finanzas irrumpió como un actor de primer orden en esta transformación socioeconómica, amalgamando lugares, marcas, eventos y otros símbolos. Como se puede observar en la película *La Casa Gucci* de Ridley Scott, ni siquiera las grandes marcas de origen familiar se salvan de quedar atrapadas en estas redes financieras.

En segundo lugar, el libro analiza precisamente en qué consiste dicha transformación del capitalismo y, con gran mérito, intenta construir un aparato conceptual para hacerlo (esto último lo trataremos en el siguiente apartado). Comienza planteando algunos datos que llaman poderosamente la atención. Así, al analizar las características socioeconómicas de las regiones francesas que han experimentado un mayor dinamismo económico en las últimas décadas (frente a las regiones que han sufrido precisamente un fuerte declive industrial), sorprenden algunas cifras. Por ejemplo, en dichas regiones en ascenso casi la mitad de la población se encuentra jubilada y, lo que resulta más curioso, cerca del 70 por ciento del empadronamiento de muchos municipios pertenecientes a dichas regiones representan en realidad segundas residencias. Más allá de estos datos sorprendentes (y otros que se señalan en las primeras páginas del libro), lo interesante es la caracterización más de fondo que realizan los autores de las transformaciones en marcha. De hecho, plantean que está surgiendo una “economía del enriquecimiento” en algunos países de Europa Occidental, centrada en la explotación de una fuente de creación de riqueza hasta entonces nunca utilizada (o al menos no al nivel actual y de forma tan sistemática), que ha reactivado enormemente el proceso de acumulación de capital en unas economías continentales que aparentemente estaban condenadas a una dulce decadencia. La economía del enriquecimiento no se basaría principalmente en la producción de objetos nuevos, sino sobre todo en la valorización de objetos ya existentes (extraídos de yacimientos de cosas pasadas, a menudo olvidadas o que habían quedado reducidas al estado de ruina) y en la fabricación de cosas cuyo valor se indexa en relación con el pasado (por ejemplo, una marca cuyo prestigio depende de su anclaje en dicho pasado, como suele ocurrir en la industria del lujo).

Boltanski y Esquerre establecen un fuerte contraste entre la lógica de funcionamiento de la economía industrial tradicional y esta “nueva” economía del enriquecimiento. Si bien un producto industrial suele disminuir su precio con su uso (convirtiéndose finalmente en un residuo), en esta nueva economía las cosas que se valorizan con mayor facilidad son precisamente los residuos, los objetos olvidados o abandonados, que hoy pueden ser expuestos en museos o en colecciones privadas, pero que a lo largo de la historia en muchas ocasiones fueron maltratados, depositados en sótanos, incluso enterrados o directamente destruidos. Además, dichos objetos no están destinados a satisfacer ninguna necesidad, ni siquiera a tener un uso determinado, no son adquiridos con esta finalidad. Obviamente, existe la posibilidad de analizar dicho comportamiento económico recurriendo a las motivaciones relacionadas por el consumo ostentoso, consideradas por Thorstein Veblen. Pero lo curioso es que, frecuentemente, estas cosas no se exponen a los ojos de los demás, ni siquiera a los propios ojos. Prima más el espíritu de conservación, de llegar a completar las colecciones, como ocurre en la constitución de las bodegas de vino. Así, la demanda de un objeto no se reduce cuando nos aproximamos al punto de saturación, tal como establece la teoría convencional sobre la utilidad, sino que la disposición a pagar aumenta significativamente cuando se está a punto de completar dichas colecciones.

*Enriquecimiento* aborda el desafío que representa el surgimiento de esta nueva economía, sus autores pretenden analizar qué implicaciones tiene esta nueva lógica económica desde el punto de vista de cómo se cambian las determinaciones del valor de las cosas. Nuevamente, observamos a las ciencias sociales a vueltas con las cosas, con los objetos<sup>1</sup>. No es casual que en la actualidad la corriente filosófica de moda sea la “ontología-orientada-a-objetos”, aunque más ampliamente calificada como “realismo especulativo” o “nuevo realismo” (una corriente que, no por casualidad, tiene su más fértil campo de aplicación en la reflexión filosófica sobre el arte). Las cosas, los objetos, continúan siendo un quebradero de cabeza para comprender el funcionamiento, la lógica, de este mundo. No es para menos, en realidad. Más allá de este nuevo “renacimiento” protagonizado por la industria del lujo, las marcas prestigiosas, la recuperación del patrimonio, el turismo cultural, la moda o el consumo de alta gama; las sucesivas revoluciones científico-técnicas, las amenazantes pandemias, el cambio climático o las turbulencias financieras cuestionan radical y continuamente cuál es el protagonismo del ser humano en toda esta complejidad de lo real. No vamos a seguir por aquí. Pero, en el fondo, la sociología pragmática francesa<sup>2</sup>, de la que Boltanski es uno de sus principales exponentes, representa un intento meritario de responder a este desafío.

De hecho, es importante no confundir el tipo de sociología que pretende desarrollar Boltanski, con la sociología de su maestro, Pierre Bourdieu. Este último, particularmente en su célebre libro *La distinción*, analiza los modos de vida y de consumo de los ricos, sus gustos, sus preferencias por el lujo, en definitiva, estudia cómo su comportamiento en materia de consumo se rige por la búsqueda de la distinción para diferenciarse del resto de la sociedad. Más allá de la concepción ontológica de las clases sociales que subyace en este enfoque, en realidad Boltanski sigue otro camino. En la página 113 del libro, sus autores declaran expresamente:

*No partimos, en un primer momento, del estudio de las personas, en particular de las más ricas (el último decil), a las que parecen destinados, al menos en gran parte, los objetos que hemos mencionado a modo de ejemplo (...), sino de los objetos y de la forma en que se les concede un valor propio, es decir, de los procesos mediante los cuales adquieren el estatus de riquezas. Antes que nada, pues, nos interesan los procesos mediante los cuales una serie de objetos que se poseen, es decir, que forman parte del patrimonio, se transforman en capital, en la medida en que, a través del intercambio, se integran en una circulación que busca la acumulación y el beneficio.*

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, Mariana Mazzucato, una economista con gran repercusión mediática en la actualidad, ha publicado hace pocos años un libro con el ilustrativo título de *El valor de las cosas*. Aunque su trabajo no alcanza el mismo nivel de reflexión teórica que el que nos ocupa en esta comunicación, su elaboración responde a una similar preocupación de fondo.

<sup>2</sup> Sin lugar a dudas, el máximo representante de esta tradición intelectual es el recientemente fallecido Bruno Latour. Entre su prolífica e interesante producción, destaca *Nunca fuimos modernos*. Tanto la teoría del actor-red de Latour como la propuesta de los autores de *Enriquecimiento* de avanzar hacia un estructuralismo pragmatista, son intentos de resolver la dicotomía sujeto-objeto desde una perspectiva pragmática. Para una crítica de esta aproximación al objeto, que ha sido decisiva en la elaboración de esta comunicación, recomendamos la lectura del siguiente artículo: White, H. (2013), “Materiality, Form, and Context: Marx contra Latour”, *Victorian Studies* 55(4), pp. 667-682.

En sus propias palabras, Boltanski y Esquerre vuelven a las cosas “en sí”, lo cual quiere decir, en su opinión, hacer hincapié en las formas de su valorización. Por ello, vamos a pasar ahora a considerar cómo estos autores se aproximan a la cuestión del valor.

### **El valor en la economía del enriquecimiento**

Para Boltanski y Esquerre, como ya hemos planteado, la economía del enriquecimiento no se basa en la producción de objetos nuevos, sino en la valorización de objetos ya existentes, extraídos de yacimientos de cosas pasadas, y en la fabricación de cosas cuyo valor se indexa en relación con el pasado. En este sentido, la pregunta fundamental que se realizan es cómo la clase de cosas que se valoriza en esta economía del enriquecimiento puede integrarse en el universo mercantil, teniendo en cuenta sus diferencias sustanciales con la forma de producir objetos estandarizados, en serie, de la economía industrial. La pregunta no es baladí. En la llamada “economía de las cualidades”, desarrollada por autores como Michel Callon<sup>3</sup>, se sostiene que el mercado no ocupa el centro del análisis en el proceso de formación de los precios. Estos autores consideran que existen bienes que escaparían a esta lógica clásica de formación de los precios, basada en las fuerzas de oferta y de demanda de mercado. Alternativamente, Callon defiende que, en estos casos, la formación de los precios dependería de una tasación, o de una jerarquía de cualidades determinadas por clasificaciones (rankings, por ejemplo), es decir, de factores extraeconómicos. Esto es, la formación de los precios se basaría en las relaciones de poder, en lo arbitrario, en lo contingente.

En este tipo de teorías de raigambre pragmatista, las relaciones de poder, las jerarquías, los factores extraeconómicos se erigen como las verdaderas causas explicativas del funcionamiento del sistema económico. En última instancia, quién tiene el poder lo explica absolutamente todo. Estas dicotomías, entre lo económico y lo no-económico, son claves para comprender el pensamiento contemporáneo (ya sea crítico o pragmático) y sus límites. No obstante, al igual que Polanyi, los autores de *Enriquecimiento* se apoyan en la noción de comercio, más que en la de mercado, distanciándose de los planteamientos de la “economía de las cualidades”. Analizan el fenómeno del intercambio integrando los diferentes principios de comportamiento económico que pueden expresarse en su despliegue concreto. Así, logran profundizar en el análisis de la formación de los precios, incorporando ciertos componentes institucionales que estarían en las “trastienda” de la incorporación de las cosas al universo mercantil (emplean el término “estructuras de la mercancía”). Consideran, en primer lugar, la importancia que tiene, en la economía del enriquecimiento, la calificación de los objetos por instituciones con una arraigada reputación en la materia. En segundo lugar, tienen en cuenta la naturaleza del precio como tal. Para Boltanski y Esquerre, el precio no sería una propiedad intrínseca de las cosas, como el peso o el volumen, sino que se relacionaría con las cosas a modo de índice monetario, como si se tratase de un signo lingüístico. Por último, dichos autores cuestionan las teorías clásicas del valor. Critican a los clásicos por darle una primacía al valor sobre el precio, situando al valor como una propiedad intrínseca de las cosas

---

<sup>3</sup> Callon, M.; Méadel, C. y Rabeharisoa, V. (2002), "The economy of qualities", *Economy and society* 31 (2), pp. 194-217.

mismas. En síntesis, descartan los debates “enrevesados” entre valor de uso y valor de cambio y manifiestan un rechazo visceral a la teoría marxista del fetichismo.

Para Boltanski y Esquerre, una mercancía es cualquier cosa que cambia de manos asociado a un precio. Más adelante, sostendrán que el precio de cada cosa no puede ser atribuible en términos de una propiedad relativamente estable, de una dimensión o de una sustancia. En este sentido, y aquí se encuentra su principal aportación teórica, ambos autores defenderán que el valor no es más “real” que el precio: para ellos, el valor simplemente es un dispositivo de justificación del precio. Esta justificación puede ser necesaria como respuesta a una crítica del precio exigido o como un seguro que el consumidor reclama antes de proceder a la compra. Pero por qué ocurre lo contrario, por qué, según los autores, se le suele dar una prioridad al valor sobre los precios. Si las cosas se intercambian siempre al mismo precio, no sería necesario hacer referencia al valor. Cuando la estructura de precios relativos se encuentra muy desorganizada, cuando el precio de las cosas no coincide con la costumbre, se hace necesario hacer referencia al valor. En este caso, hay que tener en cuenta, según dichos autores, que el valor presentaría propiedades casi inversas a las del precio. Para los clásicos, el valor de las cosas haría referencia a unas propiedades de las cosas que serían más constantes que el precio, es decir, se trataría de propiedades intrínsecas, inherentes, a las cosas. El valor sería más *real* que el precio, de modo que la distinción entre precio y valor podría describirse como una tensión entre las formas de presentar lo real en oposición a lo artificial. Sin embargo, para los autores de *Enriquecimiento*, tal como lo evidencia el “callejón sin salida” en el que derivó el propio debate clásico sobre la teoría valor-trabajo, el problema es que el valor no tendría una métrica propia que le permitiría ser objetivado con independencia del precio. Para ambos autores, lo que se contrapone es una realidad circunstancial, la del precio, a una realidad ideal o ficticia, la del valor. El valor tendría un carácter esencialmente ficticio, necesariamente tiene que asumir la forma de un metaprecio, al traducirse a la métrica de los precios (que sí serían “reales”, precisamente porque se pueden medir, ¿nominalismo?).

Ciertamente, el valor juega un papel económico central, permitiendo criticar los precios por parte de los demandantes y de justificarlo (en el caso de la economía del enriquecimiento, inscribiendo a los bienes en una tradición) por parte de los oferentes. No obstante, las operaciones de crítica y justificación se apoyarían en un artificio que favorece considerar al valor como una propiedad intrínseca a las cosas, anterior a todo proceso de formación de los precios. Para Boltanski y Esquerre, en realidad, existe una prioridad ontológica del precio respecto al valor, en la medida en que el valor solamente se expresaría si determinados actores llegan a emitir un cuestionamiento del precio<sup>4</sup>. Para ambos autores, el precio es un elemento de construcción de la realidad. Critican a la ciencia económica por considerar a los precios como un mero velo aplicado a una realidad objetiva independiente. Desde su perspectiva, los precios, aunque signos, constituyen un

---

<sup>4</sup> Aquí se observa la influencia del “realismo especulativo” en la concepción teórica de los autores. Autores destacados de esta corriente filosófica, como Graham Harman, en su interpretación novedosa de *Ser y Tiempo* de Heidegger, alrededor del pasaje sobre la “herramienta rota”, sostendrán que solamente tomamos conciencia de los objetos cuando se rompen, cuando perdemos confianza en ellos. Algo similar sostienen los autores de *Enriquecimiento*, cuando consideran que la conciencia sobre el valor es posterior al cuestionamiento del precio, cuando éste deja de ser ocultado a la mirada de los actores por la inercia de la costumbre. Como cuestionará Gunther Anders, discípulo judío de Heidegger y primer esposo de Hannah Arendt, existen ciertos límites en esta aproximación a los objetos.

componente fundamental de la realidad social precisamente porque constituyen un instrumento de equiparación basado en una métrica común. Pero, en un mundo donde la estructura de precios relativos cambia constantemente, los actores recurren al artificio de la distinción entre precio y valor para mantener el “realidad de la realidad”. En realidad, el valor es el único argumento de los actores para criticar al precio y para presentarlo como arbitrario, como resultado de una correlación de fuerzas entre los actores, en lugar de presentarlo como algo realmente fundado. Sin hacer referencia al valor y usarlo para justificar los precios, los actores piensan que quedarían a merced de la arbitrariedad de los precios, en manos de las fuerzas ciegas de la economía. En definitiva, el valor nos recrearía en la “ilusión” de que la economía tiene una base ontológica, segura, cierta, verdadera.

Por lo tanto, como decíamos anteriormente, el valor es un dispositivo para justificar los precios. La ruptura con la teoría valor-trabajo se apoya paralelamente en las propias transformaciones asociadas con la economía del enriquecimiento. Para Boltanski y Esquerre, la explotación del trabajo no ha desaparecido en esta economía, pero sostienen que ya no puede aprehenderse como una relación entre el salario y el tiempo de trabajo. No existe vínculo entre las horas trabajadas y el proceso de enriquecimiento. De hecho, se estaría produciendo un solapamiento entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida. Este proceso responde a los desplazamientos del capital en búsqueda de beneficio. Para estos autores, cuando la crítica del precio hace disminuir el beneficio, el capital se desplaza y busca mercantilizar otros ámbitos de la vida fuera de la fábrica. El capital trabaja en el límite entre lo mercantilizable y lo no-mercantilizable, pues el comercio de las cosas situadas al borde de los límites de lo mercantilizable siempre reportaría una mayor plusvalía. El precio aumenta y se configura una especie de plusvalía “prohibida” (como ocurre, por ejemplo, saltándose las normas morales y legales, con el tráfico de órganos o de drogas). En este sentido, la economía del enriquecimiento tiene un gran interés en separar las cosas ordinarias y las cosas excepcionales, componiendo un relato donde estas últimas habrían tenido una existencia previa como bienes no-comercializables, lo que justificaría un precio más elevado, es decir, permitiría un proceso de valorización.

## Discusión

A partir de la década de 1980, Boltanski se fue alejando progresivamente de la sociología crítica de su maestro, Pierre Bourdieu. Entendía que esta perspectiva establecía límites rígidos a las posibilidades de la acción de los individuos, en la medida en que la misma se encontraba condicionada por unos mecanismos de dominación social que permanecían “ocultos” en estructuras incorporadas (*habitus*). Boltanski adoptó entonces una sociología pragmática que le permitió no prefigurar las acciones de los individuos a partir de las estructuras y posiciones sociales, sino a partir de las prácticas críticas y de las justificaciones realizadas por los propios individuos. Más adelante, y este libro es una buena muestra de ello, reelaboró sus conceptos de crítica y justificación tomando como referencia las transformaciones del capitalismo desde finales de los años setenta hasta la actualidad. Ya en *El nuevo espíritu del capitalismo*, había analizado los importantes cambios que se venían produciendo en las justificaciones y los valores, subrayando la relevancia que tomaría la crítica artística, que hace hincapié, entre otros argumentos, en

la inauténticidad de las formas de producción estandarizadas y la ausencia de sentido de la vida en la sociedad fordista. En consecuencia, se atribuyeron nuevos valores al proceso de producción capitalista, por ejemplo, en términos de creatividad y autenticidad.

Como sabemos, Boltanski y Esquerre rechazan la existencia de un valor inherente a las cosas, como si tuviera un carácter más esencial que el precio. También rechazan los esfuerzos de reducir el valor al precio. Realmente, conciben el valor de manera pragmática, como una prueba discursiva para justificar y criticar los precios. El valor sería una invocación por parte de los actores, cuando precisan criticar o justificar los precios. Haciendo referencia a Wittgenstein, sería como un juego lingüístico. En este sentido, *Enriquecimiento* establece un vínculo entre el valor y los valores, entre el cálculo y el juicio. Como expusimos con anterioridad, el valor sería un dispositivo de justificación. Nos encontraríamos, por tanto, ante una nueva forma de analizar el capitalismo de carácter normativo<sup>5</sup>, que pone la atención en las prácticas sociales y establece el valor de las cosas en términos discursivos, mediante la justificación y la crítica de los precios. Así, cada tipo de capitalismo respondería a una diferente pragmática en el establecimiento del valor, como ocurre con la economía del enriquecimiento en contraste, por ejemplo, con la economía industrial. Estamos, por tanto, ante una nueva concepción (pragmática) del valor, que permitirá a sus autores conceptualizar nuevas formas de capitalismo.

Como Weber, Boltanski y Esquerre establecen una diferencia sustancial entre el espíritu del capitalismo, que analizan en un libro anterior ya mencionado, y el análisis de la forma del capitalismo, de la que se ocupan en *Enriquecimiento*<sup>6</sup>. Es decir, establecen una dicotomía entre el plano subjetivo y ético, de las motivaciones, y el plano estructural e institucional. Weber parte de esta dicotomía a partir de la influencia que ejerce sobre su reflexión teórica la reacción anti-hedonista en el pensamiento neoclásico y la escuela austríaca (Marshall, Bohm-Bawerk, Schumpeter, ...). Para Weber, la conducta económica racional no se rige por la inmediatez de los impulsos instintivos, sino por la permanencia de unas motivaciones que articulan la personalidad y regulan el comportamiento de forma permanente, configurando un “espíritu”. De esta manera, se termina defendiendo una teoría voluntarista de la acción. El comportamiento social se explica en sí mismo, se autonomiza, se ontologiza. No se considera, ni siquiera como hipótesis, que los fundamentos del sistema económico no expliquen primariamente el comportamiento social. Los comportamientos sociales se analizan bajo una lógica autónoma, a partir del establecimiento de dicotomías entre la estructura y la agencia, lo sistémico y lo pragmático, el objeto y el sujeto, entre el valor y los valores, en definitiva, entre la economía y la política (por ejemplo, un trabajador primero es explotado y solamente después hace política).

---

<sup>5</sup> Realmente, este cambio de enfoque hace parte de una transformación más general, que no solamente afecta a la economía. Así, podemos observar como el debate político contemporáneo se articula en torno a cuestiones de valores, de guerras culturales, con un protagonismo destacado de unas clases medias con la “vida solucionada”. Para un análisis crítico de la comprensión normativa del capitalismo, se recomienda la lectura del siguiente artículo: Weis, H. (2015), “Capitalist Normativity: Value and Values”, *Anthropological Theory* 15(2), pp. 239-253.

<sup>6</sup> No obstante, a diferencia de Weber, que trabaja con tipos ideales, Boltanski y Esquerre se refieren a la forma en plural, como una pragmática específica de establecimiento del valor para cada caso. Esto es, habría una forma de valorización para cada tipo de economía capitalista. No habría una forma de valor para el capitalismo como tal.

Por otro lado, en ningún momento los autores del libro muestran interés en construir un marco conceptual que les permita analizar las conexiones, los elementos comunes, entre las tres formas de economía capitalista que identifican: industrial, financiera y enriquecimiento. A diferencia de Marx, que analiza la forma social del valor para después estudiar sus formas fenomenológicas como beneficio industrial, interés y renta de la tierra (esta última podría guardar cierta analogía con la “renta de enriquecimiento” analizada en el libro); Boltanski y Esquerre se concentran en el análisis fenomenológico, contingente, obviando que el valor podría ser considerado una categoría abstracta, invariante y real. En realidad, este enfoque epistemológico es algo común a muchas teorías posmodernas que pretenden analizar las transformaciones del capitalismo, primando lo contingente por encima de todo. Ocurre algo parecido con la teoría del capitalismo cognitivo, elaborado por el llamado posobrerismo italiano (Negri, Lazzarato, Vercellone, Marazzi,...)<sup>7</sup>, cuando destaca una serie de propiedades ontológicas en el trabajo cognitivo e inmaterial que le permite a estos autores proyectar una potencia emancipadora en términos de escenarios poscapitalistas, como si el capitalismo fuese un escenario neutro, decorativo, que simplemente está esperando a ser superado como resultado de que los procesos de valorización se estarían produciendo crecientemente en el ámbito de la vida (afectos, cuidados, comunicación,...), por fuera del ámbito de la fábrica.

De hecho, existen un gran paralelismo entre el posobrerismo italiano y el planteamiento de estos sociólogos pragmáticos franceses. Cuando en ambos casos subrayan la creación de formas de valorización relacionadas con ámbitos de la vida por fuera de las unidades productivas donde se contrata a la fuerza de trabajo, están obviando que ya anteriormente existían muchos procesos de mercantilización que no implicaban la producción de cosas mediante trabajo. Por ejemplo, los órganos humanos que son sujetos a un tráfico mercantil ilegal no son producidos mediante trabajo. Existen muchas cosas que se comercializan que no son productos del trabajo. Esto es algo muy común en la historia del capitalismo. Precisamente, lo que tendríamos en estos casos son mercancías que tienen precio, pero no valor. Se trataría entonces de enmendar la crítica de Boltanski y Esquerre a la escuela clásica: *el valor no es inherente a las cosas en sí, es inherente a las cosas, en todo caso, en cuanto productos del trabajo*. Cuando estas cosas tienen un precio elevado (como los órganos humanos), no quiere decir que contengan mucho valor, sino que se produce una redistribución de valor generado en otras actividades productivas.

Esto puede ser así porque el valor es una relación social, no una entidad preconstituida, solidificada en cada cosa. En todo caso, el valor se cosificaría en cuanto forma de representación de la riqueza social. Durante el siglo XX, han sido muchos los intentos de gestionar políticamente el valor, que han terminado en un fracaso histórico. Aunque la socialdemocracia mantuvo la hegemonía ideológica a la hora de plasmar estas formas de gestión del valor, otras corrientes políticas (como el estalinismo, el fascismo o la propia doctrina social de la iglesia, expresada en la democracia cristiana) representaron versiones más o menos radicalizadas de esta posibilidad. Lo común a todos estos proyectos políticos es que pretendían regular el valor a través del Estado, de la política. Hoy en día, esta posibilidad es inviable, a pesar de que discursivamente se insiste machaconamente en esta

---

<sup>7</sup> En el libro *El colapso del capitalismo tecnológico*, hemos realizado una crítica más en profundidad a esta corriente teórica.

vía. La inviabilidad actual de la gestión política del valor tiene una base material, no es ideológica. En la medida que las sucesivas revoluciones científico-tecnológicas van prescindiendo de enormes masas de trabajo humano, se van agotando las posibilidades de activar procesos de acumulación real de capital. Alternativamente, se busca mejorar la rentabilidad del capital mediante burbujas financieras, rentas de enriquecimiento o derivando la producción industrial hacia países con una mano de obra más barata, que compense la aceleración del progreso técnico en otras latitudes. No obstante, se sigue recurriendo a la crítica sociológica, a la personificación, para explicar las transformaciones recientes del capitalismo. David Harvey, en su *Breve historia del neoliberalismo*, nos explica que el neoliberalismo fue obra de unos señores muy malos, Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Análogamente, Boltanski y Esquerre consideran que el primer gobierno de Mitterrand es clave para comprender el surgimiento de la economía del enriquecimiento en Francia. En el pensamiento contemporáneo, existe un exceso de recurso a la crítica sociológica, a la personificación del capital, al chivo expiatorio, en el fondo, a una teoría voluntarista de la acción que sintoniza muy bien con una concepción ontológica del valor, que mantiene la ilusión de que el capital se puede gestionar políticamente. La sombra ricardiana es alargada. La ontologización del trabajo social que realiza David Ricardo en sus *Principios*, que ha sido tan importante para comprender la forma moderna de pensar la economía, permite mantener la ilusión (ideológica) de que el valor es una entidad sólida, preconstituida, que se reparte en función de las relaciones de poder en un conflicto distributivo que no tiene fin.

A nuestro modo de ver, el gran problema de Boltanski y Esquerre es que parten de los fenomenológico, no de lo categorial. Es decir, parten de las formas fenomenológicas de valorización, no de la forma del valor como relación social, la cual se caracteriza por ser abstracta, automática e impersonal, entre otros atributos. Ciertamente, el capital siempre se personifica, lo hace constantemente en formas muy variadas. En sus orígenes históricos o cuando necesitó impulsar la acumulación, encontró personificaciones muy diversas entre sí. No siempre pudo hacerlo bajo la forma de una clase de agricultores-empresarios, como fue en Inglaterra. En Francia o en España, tuvo que recurrir a las clases medias urbanas, a una tipología de personajes muy distintos, como Robespierre o Mendizábal. En Alemania o en Japón, las viejas castas feudales jugaron un papel importante (lo que, por cierto, fue un “rompecabezas” difícil de recomponer para Weber). En Rusia, el capital tuvo que recurrir a los dirigentes bolcheviques para impulsar el proceso de industrialización en una economía que seguía regida por el valor (aunque ideológicamente el discurso asumiera otras formas más radicales). Pero si partimos de las personificaciones, por muy decisivas que sean, nos quedamos reducidos a una explicación contingente.

En este sentido, Mitterrand, Thatcher o Reagan juegan un papel evidente en la gestación de nuevas formas de capitalismo. Pero lo importante no es esto. Lo importante es no caer en la unilateralidad<sup>8</sup>, tanto en un sentido como en el otro. El valor no existe como universal en el plano metafísico, pero tampoco existe solamente (en un sentido

---

<sup>8</sup> Como no podía ser de otra manera, en el fondo de esta discusión se encuentra la concepción del ser en la *Metafísica* de Aristóteles. En este sentido, somos categóricos: tal como sostiene Andre de Murat, no se puede comprender el devenir del pensamiento moderno si no parte de la división que se produjo en la filosofía medieval alrededor de esta cuestión. Nuestra concepción es analógica, más afín al tomismo, que unívoca, más afín al escotismo.

nominalista) en los particulares, en las cosas mercantilizadas o en sus personificaciones sociológicas. En realidad, lo universal se presenta como sustancia real encarnada en lo concreto (por mucho que les pese a las teorías posmodernas, que quieren ver en lo universal un concreto agazapado para dominar al “otro”<sup>9</sup>). Lo que en realidad son cosas concretas, fruto del trabajo concreto, que los dota de cualidades corpóreas y sensibles, en el mercado aparecen como representaciones de lo universal, como mercancías que solamente valen respecto a otras mercancías, pero que se presentan fenomenológicamente como si ellas mismas tuvieran valor. En este sentido, la teoría del fetichismo de Marx no se puede descartar tan a la ligera, como hacen Boltanski y Esquerre. A este respecto, es importante diferenciar las concepciones que Marx y Weber manejan sobre dicho concepto. Para Weber, el fetichismo representa una característica de las sociedades tradicionales y, en consecuencia, la modernidad es contemplada como “desencantamiento” del mundo. Marx, en cambio, considera que el fetichismo se reformula en el capitalismo, se produce lo que podríamos denominar un “reencantamiento” del mundo. Desde su perspectiva, las formas se imponen (realmente) al margen de la razón. El individuo no es libre porque se le impone una objetividad formal que le obliga a actuar de una determinada manera. Le obliga a producir y a relacionarse socialmente de una forma tal que perpetúan, reproducen, dichas formas. Aparentemente, lo determinante es la voluntad en un mundo “desencantado”. Por eso, Weber (o Boltanski) recurren a una epistemología dicotómica y unilateral para comprender la realidad, no pueden invertir las relaciones entre objeto y sujeto. Sin embargo, no se trata de comprender lo que se está haciendo (el pragmatismo representa otro “callejón sin salida”), es la acción la que incorpora la teoría, es la acción la que es abstracta, categorial, en sí misma. Las formas no son proyecciones de la voluntad, es necesario comprender cuáles son las condiciones objetivas que las producen. No se trata de conocer para responsabilizar al individuo libre de sus acciones (algo que obsesionaba a Weber en sus últimos escritos), sino que se trata de conocer para liberarlo de una lógica formal impuesta.

El pensamiento francés nos tiene acostumbrado a críticas fenomenológicas de una extraordinaria calidad. Basta citar la ya mencionada crítica realizada por Bourdieu o la crítica del poder y de la epistemología moderna realizada por Foucault. Boltanski es un heredero notable de esta tradición. Pero en estas contribuciones, que han aportado tanto a nuestra comprensión del mundo en que vivimos, se echa de menos una fundamentación categorial. Incurren en un exceso narrativo, que caracteriza hoy en día a las teorías posmodernas, conservando formas canónicas del pensamiento moderno que a menudo se asumen inconscientemente o, como sucede en el caso de *Enriquecimiento*, se pretenden superar a partir de una lectura errónea o simplista de los clásicos.

Abusando de nuestra capacidad de síntesis, se podría decir que el pensamiento moderno se resume en dos palabras: voluntad y representación. La posmodernidad no deja de ser una radicalización en este sentido, a pesar del discurso aparentemente en contra. Tal vez, si dejásemos de estar tan obsesionados con ambas cuestiones, podríamos dejar de pasar por novedoso lo que no deja de ser un “revival” de viejas teorías.

---

<sup>9</sup> Totalidad no es igual a totalitarismo. Hegel no es un antecedente de Hitler. Afirmar esto es un disparate del tamaño de una catedral.